

ANTONIO COLINAS

UN AÑO EN EL SUR

(Para una educación estética)

(TRIESTE,

Madrid, 1985)

OTOÑO-INVIERNO

1	[15]
2	[59]
3	[81]

INVIERNO-PRIMAVERA

4	[113]
5	[143]
6	[163]

PRIMAVERA-VERANO

7	[189]
8	[219]
9	[247]
10	[263]

UN AÑO EN EL SUR
(1972 - 1984)

COLOR de yerba oscura, color de fuego, de plata fría, de metal grisáceo. Los ojos de Jano observaban el césped, las ventanas húmedas de rocío, el moscardón primero, un rayo de sol cobrizo. Una vez más llegaba el amanecer y el perezoso sueño se negaba a desprenderse de sus párpados. Si no fuera por el sueño, por los ácidos y brutales amaneceres, aquella vida en el sur podría ser más hermosa. Uno a uno habían cruzado la puerta del Estudio. Atrás quedaba el mármol frío de las escaleras, la avinagrada oración, las mantas meticulosamente dobladas, el polvillo entre los baldosines. Zapatos relucientes, cuadernos y libros en algunas manos, bolígrafos... Comenzaba otro día bajo el enfermizo neón, sobre las mesas lisas, y Jano refrescaba de nuevo sus ojos más allá de los cristales, que velaban el verdor del jardín.

Temblaban los morales cerca del canal, mientras se deshacían las llagas de color púrpura que el primer sol dejaba en las encinas y en los montes. A su alrededor, también los otros jóvenes reconocían la luz o se sumergían, con una dolorosa pesadumbre, en las primeras páginas. Prometían odiar para siempre las ecuaciones, las oraciones mal traducidas, los oscuros signos, los encerados negros. Al fondo, estaba el vigilante, clavando sus ojos en las nuca. No molestaba excesivamente su presencia. Solía replegarse al lado de la puerta, donde estaba la papetera. Arrimaba a ella sus pies y allí se quedaba mirando

los cabellos recién peinados, las manos tibias y temblorosas. En el fondo, junto a la papelera, el vigilante de turno.

Y era inútil desprenderse del desconsuelo primero, de los minutos lentos y agrios, del silencio que se debía oír. Despertaban las manos de Jano en el cajón tropezando en los libros. Le gustaba comenzar por el texto que le resultaba más amable, por el de *Literatura Universal*, que tenía fotos muy mal impresas de Homero y de Virgilio, de Goethe y de Baudelaire. Le resultaba extremadamente doloroso releer el poema que había malcompuesto la noche anterior. Le herían cada una de sus palabras. Delante de él, otro alumno, Arquímedes, hacía las primeras integrales del día. Jano miraba sus orejas blanquecinas, lechosas, repugnantes. Veía los lunares, los trocitos de caspa sobre el cuello de la chaqueta del uniforme. Y también se imaginaba el pálido rostro aplastado por las gafas, lleno de granos y con los ojos desleídos como dos gotas de agüilla verdiazul, que repasaban dificultosamente los signos. A su izquierda, Mateo también recibía la primera luz con la mirada extraviada más allá de los ventanales cada vez más empañados por la densidad de las respiraciones. Lerma se intentaba engañar a sí mismo pegando las narices al libro que tenía delante; el texto, probablemente, de alguna detestable asignatura.

Aquella larga hora se desgastaba con dificultad. Algunos pájaros se atrevían a remover las hojas de las adelfas. La sangre comenzaba a circular con más fuerza por las ve-

nas. Ahora, el vigilante iba y venía a lo largo del pasillo, husmeaba, tosía gratuitamente. El Estudio iba adquiriendo, imperceptiblemente, un rumor de colmena, mientras la luz del campo penetraba sin esfuerzo hasta los rostros muy ojerosos y demacrados para darles un ligero tono de carmín. Era la hora en que se podía salir un rato, antes del desayuno, para ir a los lavabos, o para fumar sigilosamente, o para perderse en los pasillos más próximos al comedor. Los últimos pasillos, los cubos vacíos de la basura, el ajetreo de las mujeres de la limpieza, el retintín de la campanilla, las primeras carreras camino del comedor, el último rocío temblando en las rosas de los patios...

Los domingos, Jano bajaba a la capital y buscaba un cine donde embeberse y olvidar. Los primeros rostros extraños que veía por la calle le recordaban a sus seres queridos y los ojos oscuros y grandes, suavemente endurecidos, de las adolescentes, le revelaban el amor. Sudaba y sonreía apretujado contra la ventanilla del autobús cargado de compañeros; el autobús que cruzaba el paisaje tembloroso y calcinado de las primeras horas del atardecer. Miraba los cañaverales, los riachuelos fétidos, las tejas resacas de los tapias, las palmeras y el cielo. Pero todas éstas eran las sensaciones del domingo y no de ahora, cuando tenía el corazón desasosegado, la frente con fiebre, los ojos cansados y enrojecidos. Estaba en la primera clase del lunes y nunca se le había ocurrido pensar —